

el tablao

GARCIA- LOMAS EL MAGNIFICO

Yo miraba al alcalde de Madrid, excelentísimo señor García-Lomas. Sabía que me recordaba a alguien. Escuchaba sus sabias opiniones sobre la mujer, que debe quedarse en casa y si no ya sabe a lo que se arriesga, así que menos pedir guarderías. ¿A quién

se me parece este hombre?, musitaba yo. Le contemplaba al pasar en su doce tapizado de ante gris, riéndose mucho con un puro entre dientes. Y me daba cuenta de que era como... Seguía con atención sus comunicaciones a la Prensa, diciendo que el que quisiera preguntar sobre obras sin licencia se fuese al Juzgado de Guardia, y me roía la necesidad de hacer consciente una identificación que se perdía entre las nebulosas de mi torpe memoria adolorida.

Eso fue hasta ayer. Atardecía, y sin embargo la luz me cegó con un brillo inusitado de evidencias.

DEFENSA DEL LIBRO CONTRA EL LIBRO

“**E**L libro Español” es la revista con que el Instituto Nacional del Libro Español (INLE) defiende el libro y los agremiados en torno a él: editores, distribuidores, librerías. Incluso los indefendibles seres que tienen una relación malsana y extraña con el libro: los autores. Que son, desgraciadamente, intelectuales. Mala gente. «El Libro Español» —dirigido por don Bartolomé Mostaza, que ha producido con su estro algunos libros— ha decidido que el objeto de su defensa, el libro, debía ser protegido incluso contra quienes lo crean. Los autores son «los agentes de la corrupción de las almas» y sus obras son la droga: «la droga, en forma de libro, destruye como persona y rebaja al nivel de la bestia». ¿Sólo una droga? No: también un explosivo: «Los desalmados, puestos a dar en libro sus maquinaciones íntimas, sus corrompidas secreciones, ponen al alcance de los lectores ingenuos el explosivo que puede deshacerlos como personas». Es lógico que contra ello se estén colocando repetidamente explosivos en las librerías. No metafóricos, sino reales. La revista del Instituto Nacional del Libro y, por lo tanto, el Instituto en sí mismo, deben considerar justo este ataque. No puede ser subversivo, porque la subversión es, precisamente, la librería. Su escarpate, que es siempre una invitación a romperlo de una inteligente, culta pedrada. Porque los escarpates «se transforman en trinchera subversiva». Cito estas frases de la cita que a su vez hace de la revista «El Libro Español» Juan Pedro Quiñero en «Informaciones» (6 de noviembre).

Me aterra pensar que, como escritoruelo de algunos libros, haya podido contribuir con mis maquinaciones íntimas (que son, desde luego, inquietantes y deplorables) y con mis secreciones corrompidas (de las que tengo una gran vergüenza) droga y explosivo. Comprendo bien que el libro debía estar hecho sin ninguna colaboración del autor, cosa que muchos editores estiman así desde hace tiempo, a juzgar por la mercedada cuota que les entregan: exagerada a pesar de todo teniendo en cuenta el bajo precio a que deben pagarse maquinaciones íntimas y secreciones corrompidas. Pero siendo los editores vehículo del libro, y los libreros agentes que convierten en trinchera subversiva los escarpates, sería quizá prudente que tampoco estos agremiados interviniesen. El libro debería producirse angelicamente, sin intervención de varón ni de hembra. Páginas blancas, sobre un papel inexistente, encuadradas en piel de ángel —¡jamás en cuero de Rusia!— para llegar así al limbo del lector. El no-libro para el no-lector daría una maravillosa no-literatura. Y sin duda ayudaría a no-triunfar.

Hora era ya de que el organismo máximo dedicado a la defensa del libro en nuestro país le defendiera de sí mismo. Hora es ya de que se defienda a los españoles de los españoles. Vivimos ciertamente en un mundo en el que todo es peligroso. Vivir es peligroso y, sin duda, subversivo. Escribir en España es subvertir.

La exhortación a nuevos incendios de librerías, a nuevas pedradas en los escarpates, y al descalabro de intelectuales y libreros y editores no podía venir de fuente mejor autorizada: la revista «El Libro Español». Esto es, el Instituto Nacional del Libro. ■ **POZUELO**



Leía yo su columna —de él, de Alfonso Sánchez— como cada tarde hago para saber la cantidad de exposiciones a las que no puede acudir don Alfonso, y lo bien que va todo lo de las tertulias y los cocteles y los cines y caballos y amigos de la capa. Cuando de pronto lo supe: «Calibramos en toda su importancia el rumbo de nuestro alcalde, Miguel Angel García-Lomas, al poner valla floral a la Gran Vía. Un rasgo digno de los Médicis». ¡Por fin!

Todo mi pasado de niño florentino cobró vida en un momento. Sólo unos instantes de duda. ¿A qué Médicis se parece extraordinariamente García-Lomas? No a Cosme, llamado el Viejo, durante cuyo gobierno se levantaron los más hermosos palacios florentinos. No, tampoco a León X, ni a Clemente VII. ¡Se trataba de Lorenzo el Magnífico! El parecido que guarda García-Lomas con el retrato del más esplendoroso y absoluto señor de Florencia (pintado por Vasari, Galleria Uffizi) es realmente extraordinario. Eso en cuanto al físico, pero, ¿y los hechos? Corrí hacia las crónicas. Mi emoción no tuvo límites ante el prodigioso paralelismo: «Aplastó la celebre conjura de los Pazzi y mantuvo estrecha alianza con Milán y Venecia. A pesar de su despotismo, su simpatía personal le hizo muy popular entre sus conciudadanos. Amante de la cultura, se rodeó de los espíritus más selectos de su tiempo, y artistas como Botticelli, Miguel Angel, Girlandaio, embellecieron extraordinariamente su ciudad. Discípulo de Marsilio Ficino y excelente poeta, escribió «Rimas», «Caza con halcón» y «Selva de Amor». Ya muy avanzada la noche, lloré de emoción al darme cuenta de que en Alfonso Sánchez no buscaba yo otra cosa —al leer cada día su columna— que la sombra de otra semejanza profun-

da. ¡Alfonso Sánchez es El Dante! Hasta la madrugada anduve repitiendo aquellas palabras pronunciadas por el poeta en el Noveno Foso del infierno: «...hasta el gusano más pequeño, renaciendo después la gente antigua, según afirman los poetas, de la reproducción de las hormigas, que la infundían en aquel lóbrego espacio los desmayados espíritus agrupados en montones: yacían sobre el vientre o sobre las espaldas unos de otros, y algunos andaban arrastrándose por el suelo». Divina comedia. ■ **RECOLETOS.**

B. B., C. C. Y EL I. R. T. P.

A usted, que cada mes coge el sobre de la paga con las dos mil trescientas cincuenta y dos pesetas del Impuesto sobre el Rendimiento del Trabajo Personal (I. R. T. P.) religiosamente descontadas por la empresa, le parecerá imposible que haya quien defraude a Hacienda con esta gabela. En cuestión de paraísos, hasta los fiscales están hechos exclusivamente para los ricos. Se puede defraudar a Hacienda con el impuesto sobre sociedades, con el impuesto sobre sucesiones, con el impuesto sobre las rentas del capital; pero con el IRTP no hay forma. Con el IRTP tenemos bien cerca al recaudador, en la ventanilla de Caja o de Administración de la empresa; porque el cajero, con lo remiso que es el tío para pagar vales de anticipo, encima es el inspector de Hacienda que los que currelamos tenemos pegado a los talones. Salario de hambre